

CAPITULO IV.

EL SEÑOR OFICIAL MAYOR ESTÁ EN EL ACUERDO.

Era el despacho del oficial mayor de una de las secretarías de Estado. ¿Quién no conoce las oficinas? Lujosos muebles, mullidas alfombras, sillones y bufetes con sus tintes de aristocracia han sustituido desde la época de S. A. al pobre ajuar anterior, heredado en su mayor parte de la del vireinato, aunque con algunas excepciones.

Delante de un bufete estaba sentado un hombre de edad avanzada, aunque encubierta con una dentadura postiza y dos arrobas de cosmético que daban á su cabellera la tersura y el lustre del charol, ojos grandes, aunque un tanto redondos, que tenían la viveza del reptil en sus negras pupilas. Nariz chata y abultada; entre esta y una barba extremadamente puntiaguda se perdía una boquilla deprimida, cuyos labios eran casi imperceptibles. Con excepción de dos pequeñas patillas que terminaban casi al nivel de las orejas, toda la cara estaba perfectamente afeitada.

Su estatura regular era débil como la de nuestros petimetres; una corbata descomunal, enredada á su largo cuello, sostenía dos tabiques de lienzo blanquísimo que aprisionaban la cabeza de nuestro personaje. Nunca pudo vérselo el chaleco por hallarse siempre oculto bajo un negro leviton que pocas veces estaba desabrochado; por debajo de la prolongada falda, salían dos piernas en extremo raquílicas y que terminaban en un par de botas cuyas extremidades se prolongaban hácia arriba.

Llegamos en uno de sus ratos de asueto. A decir

verdad, son estos bastante frecuentes; y por cierto que los empleados no lo juzgan así, porque queriendo rodearse siempre del prestigio é importancia que corresponde á personas de tan alta categoría, cuida con escrupulosidad de que cerrada la puerta vidriera que comunica con el resto de la oficina, no puedan los empleados interrumpir las azuladas columnas de humo que despiden por boca y narices, los sabrosos bocados con que clandestinamente regala su paladar, ó bien las conversaciones que sobre *negocios* tiene con algunos de sus amigos.

Como decimos, está en un momento de asueto. Calcula, digamos su pensamiento.

— El negocio (piensa él) es delicado, diez mil pesos y mi influencia con Manuel podrán terminarlo felizmente. Bien, dice arrellanándose en su mullido asiento, pero hoy no tengo dinero, pues el que acabo de ganar por el crédito español no debo tocarlo: al presente no podré encontrar un nuevo pretexto para que el presidente me prefiera autorizándome para expedir una orden por cuenta de gastos secretos. ¡Diablo de compromiso! exclamó levantándose y dando grandes pasos por la

pieza, que retumbaba al impulso de sus enérgicos tacones; ¿qué haré? ¿qué haré? ganas me dan de abandonar la empresa. ¡Diez mil pesos! Son diez años de vida; son la seguridad, la impunidad, las consideraciones!..... no, no, no me desprendo de esta suma, pero..... Virginia..... acaso de esta depende que yo sea feliz. ¡Sí! este será el golpe de gracia y debo darlo á toda costa, ¡pero no ha de ser de mi bolsillo!.....

Diciendo esto, volvió á sentarse, y apoyando su frente sobre las manos, se quedó inmóvil por espacio de unos minutos. Cualquiera diría que estaba muerto. Por fin, como movido por un resorte, se levantó, y restregándose las manos con alegría, dió dos ó tres vueltas por la sala diciendo:

— ¡Ya tengo el vellocino! y acercándose al sofá, llamó tirando del cordón de la campanilla.

A pocos momentos se oyeron unos pasos duros y acompasados. El personaje corrió el pasador de la vidriera para que pudiera abrirse. Así se verificó, apareciendo un hombre gordo de ojos torcidos, aunque esto no obstaba, como generalmente sucede, para que su fisonomía tuviese el aire de

un hombre de bien. Una camisa cuyo cuello se revelaba contra la opresora corbata, una levita-capa, un chaleco que pudiera decirse blanco si no hubieran de entrar en cuenta las innumerables rayas negras que lo surcaban, unos pantalones raídos y unos zapatos cuyas suelas estaban aseguradas con un cordel, formaban el equipo del honrado portero de la oficina que acudió al llamamiento de la campana. Al entrar, volviendo la cabeza al lado opuesto al en que se hallaba el personaje, y señalando á este con el pulgar de la mano derecha, preguntó respetuosamente:

— ¿Su señoría llamó?

— Sí, que vayan inmediatamente á la calle de Santa Clara, á la casa de D. Antonio Junco, y que le digan, si está ahí, que tenga la bondad de pasarme á ver al momento.

El portero repitió: — ¿D. Antonio Junco?

— Sí, afirmó el oficial mayor.

El portero cerró la vidriera repitiendo muchas veces: D. Antonio, Santa Clara, que venga al momento; frase que hizo reír á los empleados que lo encontraron al paso.

El oficial mayor volvió á correr el cerrojo

y dijo : — Vamos á ver lo que hay en caja ; y tomando un manojo de llaves de uno de los cajones del bufete, se encaminó á una especie de armario que estaba embutido en la pared. En seguida tocó los resortes ocultos bajo los chapetones amarillos de una gran caja de hierro pintada de color de bronce que servia para guardar el dinero.

Abierta la caja, vió que contenia dos mil pesos colocados, como generalmente se hace, en montones de á veinte pesos, mas unos ciento y pico.

— Bueno, exclamó, mi apuro es de ocho mil pesos ; mientras viene D. Antonio haré un cálculo de lo que pueden valer las otras cosas.

Cerró entonces la caja de hierro, luego la puerta del armario, colocó las llaves en el cajon de donde las habia tomado, se acercó á la puerta vidriera que abrió, y sacando la mitad de su cuerpo solamente, levantando la mano derecha abrió y volvió á cerrar con una seriedad cómica sus dos primeros dedos, llamando de este modo á un empleado que estaba aprovechando un resto de sol que entraba por el balcon, cuyo individuo sorprendido infraganti delito de ociosidad se apresuró á obedecer al llamado de su jefe.

Este cerró de nuevo con mucho misterio la vidriera mencionada, despues que entró el empleado, á quien dió la mano con visible proteccion, y despues colocando la mano derecha sobre uno de los hombros de su interlocutor, le dijo en voz baja :

— Señor D. Miguel, Vd. sabe la época que atravesamos : todo debe temerse de los hombres del dia, porque, dijo enhuecando la voz, aunque hay honrosas excepciones, tenemos tambien hombres de mala fe. Quiero salvar á Vd. del peligro que corre si se llega á averiguar que Vd. ha tenido depositadas las alhajas pertenecientes á la órden de Guadalupe : he oído rumores que me hacen creer que se harán investigaciones sobre el paradero de estas alhajas, y como sabe Vd. que todo es motivo de sospechas, me pondrian acaso en el duro conflicto de remover á la persona encargada de este depósito. Ya sabe Vd. que antes que todo es mi conciencia, y por lo mismo quiero cargar con la responsabilidad, porque mi posicion es menos comprometida que la de Vd. en este negocio.

El empleado miraba á su jefe con un aire de

aflicción tal, que inspiraba lástima. Acostumbrado á escuchar á su superior y á creer en sus palabras como en un oráculo, ya le parecía tener ante sus ojos el fatal decreto que lo ponía fuera del ministerio, y en medio de su aturdimiento solo pudo balbucear : « Señor mayor. »

Este, que advirtió el efecto que su discurso había producido en D. Miguel, contuvo una sonrisa de triunfo y prosiguió, poniendo la mano sobre su pecho :

— Vd. conoce mis sentimientos, soy incapaz de dañar á nadie y por esto pretendo parar el golpe que amenaza á Vd.

— Gracias, murmuró conmovido el empleado; si Vd. tiene la bondad de indicarme lo que debo hacer.....

— Nada, depositaré en uno de los cajones del *bufete* del señor ministro la caja con las cruces y las dejaremos olvidadas allí. Si preguntan por ellas, diré que nada sé, pero que haré investigaciones, y podremos en seguida hacerlas aparecer como abandonadas en el *bufete* á la salida del general Santa-Ana. De este modo nadie aparecerá como depositario de tan peligrosos objetos, por-

que este depósito significa una confianza sospechosa para el actual gobierno.

— Es cierto, es cierto; si le parece á Vd., señor mayor, voy á traerlas en este instante, dijo con interés el empleado.

— Me parece muy bien, aprovecharemos estos dias de crisis ministerial; pero... mucho sigilo sobre todo, que nunca se entienda que de Vd. han pasado las alhajas á otro punto, porque sino se compromete Vd.

— Mi interés garantiza mi discrecion, y si Vd. me permite, señor mayor.....

— Vaya Vd. y que nadie lo observe.

El empleado salió, y el oficial mayor se quedó en la puerta murmurando :

— Ya tengo prenda; ¡pobre tonto! ¡me cree á puño cerrado! Su miedo es tan grande que no confesará que tuvo en su poder las alhajas, y este silencio es mi seguridad.

En este momento volvió el empleado. No hay duda de que la necesidad hace milagros, ya lo vemos verificado en este caso; la débil memoria del caduco mayor ha tenido un momento de lucidez en el que se presentaron á su imaginacion

las ricas cruces que se hicieron venir de Europa para halagar el orgullo de cierto número de personas que á pesar de poseer á veces una clara inteligencia se pagan de frívolas exterioridades que á nada conducen. En nuestro concepto, los hombres no son mejores porque estén revestidos de condecoraciones que no se fundan en un mérito real, como sucede frecuentemente en esta clase de asociaciones aristocráticas. El nacimiento, la riqueza y el mérito de la clase elevada son motivos suficientes para adquirir una condecoracion. El mérito de la clase humilde no tiene á ella derecho alguno, bien que por otra parte nada pierde con esta conclusion un pobre artista.

La sagacidad era una de las cualidades relevantes del oficial mayor. Con solo una mediana inteligencia habia logrado, bajo una apariencia de moderacion excesiva, engañar al mundo, creándose fama de un hombre inteligente, de un patriotismo y severidad espartanas. La máscara con que se cubrió para engañar á su subordinado haciéndole creer que obraba por un interés humanitario, cuando solo era guiado por su egoismo, le servia en todas ocasiones para encubrir su ra-

pacidad. Era el sanguinario tigre encubierto con la piel del inofensivo cordero. Sin hacer aplicaciones á un caso especial, nuestros gobernantes están cercados, casi siempre, por lobos de esta especie que devoran á mansalva y sin conciencia á esta desgraciada República. Los Mazarinos se han reproducido en Méjico bajo cada administracion.

Volvamos á nuestra relacion. El empleado volvió ocultando bajo un pañuelo de seda varias cajas que colocó sobre una mesa que estaba al frente del *bufete* del mayor.

No era extraño que este no fuese interrumpido en sus operaciones. El portero habia dicho : « El mayor está acordando. »

Entonces este, deseando quedar expedito, dijo al empleado :

— Voy á colocarlas en el lugar á propósito. Hágame Vd. el favor de que esté preparado lo que tengo que firmar, porque quiero hacerlo dentro de un rato y.... vaya Vd descuidado, señor D. Miguel.

Este, dándose el parabien y lleno de reconocimiento hácia el que juzgaba su salvador, salió del despacho.

Nuestro personaje cerró inmediatamente la vidriera y corrió apresurado hácia las cajas. Las abrió examinando con avidez una tras otra cada una de las cruces, pero deteniéndose mas tiempo en aquellas que estaban adornadas con ricas piedras. Este exámen fué interrumpido por dos golpecitos que dieron en la puerta. El mayor cerró las cajas y se apresuró á abrir. Sabia que era D. Antonio.

Este entró en efecto. Un *paletot* color de haba que hacia juego con su sombrero de fieltro, pantalón y chaleco de cuadros negros y blancos, cubrian su raquítica figura.

El mayor, ocultando sus verdaderos sentimientos bajo una extremada afabilidad, dió la mano á D. Antonio, doblando la espina medianamente para hacer una cortesía que el recién llegado correspondió con su natural llaneza, exclamando en su idioma favorito : *Je suis à vos ordres.*

Advertimos de paso, que D. Antonio, extremadamente adicto á las costumbres europeas, como tenemos dicho, jamás dejaba de mezclar en sus conversaciones algunas frases extranjeras; sin embargo, daba la preferencia al francés, y esto

porque... era el que conocia un poco. Estaba suscrito al *Correo de ultramar* y al *Times* de Londres que se hacia traducir por Rosa.

El oficial mayor le llevó suavemente con el rostro mas placentero, con la sonrisa mas encantadora que pudo hasta el sofá, que D. Antonio rehusó ocupar, prefiriendo una silla en donde se tendió como un Norte-Americano, olvidando como de costumbre su manía de imitar en este punto á la culta Europa.

— Me ha enviado Vd. á buscar, comenzó á decir, y ya estoy aquí para obsequiar sus deseos.

— Tengo que presentar á Vd., mi señor D. Antonio, mis excusas; abusando de su natural bondad y de la confianza con que se sirve honrarme, me he atrevido á molestarlo para un negocio en que quiero interesar su característica filantropía.

— Sepamos pues de qué se trata.

— Vd. conoce cuáles son mis sentimientos; mi deseo de ser útil á todos, mucho mas cuando se trata de la gente infeliz, y por lo mismo...

— Pero, interrumpió D. Antonio, ¿de qué se trata? sepamos.

— Permítame Vd. que concluya; los empleados de esta secretaría, que pudieran considerarse muy bien pagados, no lo están. El supremo gobierno, agobiado por las infinitas atenciones que lo rodean, se olvida de la situación de sus servidores. No lo culpo; pero el hecho es que mis empleados carecen de lo más necesario hace algún tiempo, de sus sueldos. Mi vivo deseo de aliviar sus penurias me ha sugerido la idea que voy á comunicar á Vd., confiado absolutamente en su discreción.

D. Antonio estaba impaciente, y hubiera concluido por enfadarse á no ser porque sabia que los preámbulos y circunloquios eran una manía en el mayor. Se resignó por consiguiente á sufrir el chubasco vislumbrando un buen *negocio* para él; así solo dijo:

— Protesto á Vd. que nada se sabrá.

— Mi interés, dijo el mayor, está identificado con el de mis empleados, ¡pobrecitos! atenedos al sueldo, y ni un centavo, señor D. Antonio, ni un centavo!

Este no contestó, y solo hizo un gesto que pudiera decirse de lástima. El mayor prosiguió:

— Pues bien, tengo allí en esas cajas unas

cruces riquísimas que por hoy no tienen objeto, pero que mañana, cambiadas las cosas, cumplirán con aquel á que están destinadas.

— Veamos, dijo D. Antonio levantándose para tomarlas.

El mayor se levantó también sin despegar sus ojos del semblante del usurero á fin de observarlo. Esté examinó una á una todas las cruces, deteniéndose á pasar igual revista sobre las que estaban adornadas con brillantes, cuyos reflejos estudió en cada una de las facetas.

Estaba tan acostumbrado á dominarse, que el mayor á pesar de su sagacidad nada leyó en los ojos del prestamista. Este, dejando en seguida todas las cajas sobre la mesa, preguntó:

— Y bien, ¿cuánto quiere Vd. sobre las cruces?

— El presupuesto importa cinco mil pesos. Dos meses para los que no han recibido sueldo en mucho tiempo es una bicoca, pero que se conformen.

— ¡Diez mil pesos! exclamó D. Antonio, ¡diez mil pesos! ¡Imposible! eso sería tirar mi dinero.

— Las alhajas valen mucho más.

— Mas son peligrosas que valiosas.

— De ninguna manera, es un negocio absolutamente confidencial.

— Cuatro mil pesos y bajo condicion de que serán desempeñadas lo mas pronto posible.

— Sobre esto no hay cuidado, estamos agenciando una ordencita y en el momento saldrán, pero nada de rebaja.

— Entonces no hacemos negocio, dijo D. Antonio.

El mayor, temiendo que este se le escapara, insistió :

— Vamos á ver, Vd. me habló el otro dia de un nombramiento para cónsul en Liverpool; aunque esto es difícil, quiero interponer todo mi influjo para conseguirlo : además tendremos el premio, y de este modo no perderá Vd., señor D. Antonio, no perderá Vd.

Este, que todo lo explotaba, queria el consulado para un jóven calavera á quien su padre deseaba alejar de ciertas relaciones ; y para ello estaba dispuesto á hacer un sacrificio. Comerciante de profesion, no tenia influjo mas que con los dueños de establecimientos de abarrotes, y su único apoyo político era D. Antonio, que se proponia revender

el consulado á un buen precio ; sin embargo, quiso sacar mas ventajas y dijo :

— Bien está, en obsequio de Vd. y de otro amigo mio, haré un sacrificio, pero como no tengo en caja los diez mil pesos, rebajaremos desde luego el premio del primer mes, descontándose la cantidad á que asciende, dentro de dos meses, en cuyo tiempo precisamente serán desempeñadas las cruces, pues de otra manera me veré precisado á salir de ellas de cualquier modo, para evitar el peligro que corro teniéndolas en mi casa ; además no daré á Vd. recibo de ellas, pues Vd. ve que eso podria comprometernos.

Confiado el mayor en que pasados algunos dias podria desempeñar las alhajas obteniendo *una orden para gastos secretos*, juzgó que aun cuando D. Antonio sospechase que tenia el mayor algun interés particular en hacer el negocio, cuando sacase las alhajas quedaria perfectamente escudado con el pretexto que le habia servido para ocultar sus verdaderos intentos.

Don Antonio, por su parte, aseguraba una ganancia de cinco á seis mil pesos, y por esto lejos

de correr peligro de perder, habia hecho, como acostumbraba decir, *su trabajo del dia*.

Inmediatamente mandaron traer dos libranzas, que firmó D. Antonio, dejando en blanco el nombre de la persona á cuyo favor se extendian; y envolviendo en un pañuelo las cajas que contenian las cruces, salió dando afectuosamente la mano al mayor, á quien aborrecia cordialmente y cuya aversión pagaba con la misma urbanidad el señor oficial mayor.

Durante las tres horas que se ocupó en este asunto, el portero decia á cuantos llegaban á tratar de sus negocios: « El señor oficial mayor está en el acuerdo. »

CAPITULO V.

EL SEÑOR OFICIAL MAYOR ESTÁ EN EL ACUERDO.

(CONTINUACION.)

El oficial mayor, como se ha visto, aprovechaba sus prerogativas á fin de dejarse expedito el tiempo que necesitaba para sus *negocios* particulares, y tambien explotaba su posicion, allanando los obstáculos que solian presentársele.

Pitt habia sido su modelo en diplomacia, pero nuestro pesonaje extraviaba el camino y en vez